

LECTIO DIVINA

II DOMINGO DE ADVIENTO

La Solemnidad de la INMACULADA CONCEPCION se celebrará el lunes 9 de diciembre.

Hay que ir a Misa...

(8 de diciembre 2024)

Bar 5,1-9

Sal 126

Fil 1,4-6.8-11 Lc 3,1-6

TEMA

Podemos situar el tema de este domingo en torno a la misión profética. Es una llamada a la conversión, a la renovación, en el sentido de eliminar todos los obstáculos que impiden la llegada del Señor a nuestro mundo y al corazón de la humanidad. Esta misión es una exigencia que se hace a todos los bautizados, llamados - en este momento particular - a dar testimonio de la salvación / liberación que Jesucristo vino a traer.

El Evangelio nos presenta al profeta Juan Bautista, que invita a las personas a una transformación total en su forma de pensar y actuar, en los valores y prioridades de la vida. Para que Jesús pueda caminar hacia cada persona y presentarle una propuesta de salvación, los corazones deben estar libres y disponibles para acoger la Buena Nueva del Reino. Es esta misión profética la que Dios sigue confiándonos hoy.

La primera lectura sugiere que este "camino" de conversión es un verdadero éxodo de la tierra de la esclavitud a la tierra de la felicidad y la libertad. En el camino, se nos invita a despojarnos de todas las cadenas que nos impiden aceptar la propuesta liberadora que Dios nos hace. La lectura también nos invita a vivir este tiempo con serena alegría, confiando en el Dios que no renuncia a presentarnos una propuesta **de salvación, a pesar de nuestros errores y dificultades.**

La segunda lectura llama la atención sobre el hecho de que la comunidad debe preocuparse por el anuncio profético y debe mostrar concretamente su solidaridad con todos aquellos que hacen suya la causa del Evangelio. También sugiere que la comunidad debe dar un verdadero testimonio de caridad, desterrando divisiones y conflictos: sólo así dará testimonio del Señor que viene.

Baruc 5,1-9

*Jerusalén, despojate de tus vestidos de luto y aflicción,
y vístete para siempre con el esplendor de la gloria que Dios te da;
envuélvete en el manto de la justicia de Dios y adorna tu cabeza con la diadema de la gloria del Eterno,
porque Dios mostrará tu grandeza a cuantos viven bajo el cielo.
Dios te dará un nombre para siempre: "Paz en la justicia y gloria en la piedad".
Ponte de pie, Jerusalén, sube a la altura, levanta los ojos y contempla a tus hijos,
reunidos de oriente y de occidente, a la voz del espíritu, gozosos porque Dios se acordó de ellos.
Salieron a pie, llevados por los enemigos;
pero Dios te los devuelve llenos de gloria, como príncipes reales.
Dios ha ordenado que se abajen todas las montañas y todas las colinas,
que se rellenen todos los valles hasta aplanar la tierra,
para que Israel camine seguro bajo la gloria de Dios.
Los bosques y los árboles fragantes le darán sombra por orden de Dios.
Porque el Señor guiará a Israel en medio de la alegría y a la luz de su gloria,
escotándolo con su misericordia y su justicia. **Palabra de Dios***

AMBIENTE

El autor del libro de Baruc se presenta como Baruc, hijo de Nerías, y dice que está en Babilonia con los desterrados de Judá (cf. Bar 1, 1-2). ¿Quién será este Baruc? En el libro de Jeremías aparece un Baruc, hijo de Nerías, que desempeñó un papel importante en la vida del profeta Jeremías: fue su secretario (cf.

Jr 32, 12-16), portavoz (cf. Jr 36, 4-32) y compañero de cautiverio en Egipto (cf. Jr 43, 1-7). Jeremías incluso le dedicó un oráculo personal (cf. Jr 45, 1-5).

Según el libro, este Baruc habría estado entre los exiliados en Babilonia y habría desempeñado un papel importante allí. Sin embargo, para los eruditos de la Biblia que el libro no proviene del secretario de Jeremías, y que no fue compuesto en el tiempo del exilio judío en Babilonia. Aunque presenta algunos datos sobre la época del Exilio y la vida de los exiliados, el libro fue escrito mucho más tarde, quizás en diferentes fases y a partir de varios escritos independientes. La redacción final se hizo alrededor de los siglos III o II a.C., probablemente en la diáspora judía. El libro, que ha llegado hasta nosotros en griego, no fue considerado como Sagrada Escritura por los judíos palestinos; por lo tanto, nunca formó parte del canon de la Biblia hebrea. Con influencias de Jeremías, Ezequiel y Deutero-Isaías, el Libro de Baruc exhorta al Pueblo a convertirse y reconciliarse con Yahvé; al mismo tiempo, invita a Judá a mantener viva la esperanza, confiando siempre en la fidelidad de Dios a las promesas hechas.

El texto que la liturgia de este segundo domingo de Adviento nos propone como primera lectura forma parte de una exhortación y un consuelo a Jerusalén que aparece en la parte final del libro (cf. Br 4,5-5,9). Antes, Baruc había invitado al pueblo a confesar sus pecados (cf. Br 1,15-3,8); también había expresado la certeza de que Judá, iluminado por la luz de la sabiduría, volvería a vivir en el «temor de Dios» (cf. Br 3,9-4,4). Convencido de que Dios ha perdonado a su pueblo, el profeta invita a Jerusalén a tener valor (cf. Hb 4, 5-37) y a alegrarse en la actitud misericordiosa de Yahvé (cf. BR 5, 1-9).

MENSAJE

El profeta dirige su atención a la ciudad de Jerusalén, la ciudad martirizada dejada en ruinas por los ejércitos de Nabucodonosor en el año 586 a.C.; Anuncia su liberación, su restauración definitiva y el regreso del cautiverio de sus habitantes. Las imágenes utilizadas para hablar de Jerusalén en este canto triunfal son muy hermosas y muy expresivas.

La ciudad en ruinas reducida a escombros que dejaron las tropas babilónicas era como una viuda triste, vestida de luto, sumida en la aflicción y la desesperación, despojada de todos los adornos que la hacían bella. Sus queridos hijos habían sido arrancados de sus brazos y llevados cautivos a una tierra extranjera. Convencida de que nunca volvería a verlos, Jerusalén se había quedado sola y desolada, derramando lágrimas interminables durante los duros años de su dolor. Devastada por el dolor y la añoranza, Jerusalén había perdido toda esperanza de un futuro feliz.

Pero he aquí que, después de muchos años, un profeta desafía a la ciudad y le anuncia que su tiempo de luto ha terminado. La invita a quitarse las vestiduras de luto y aflicción y a volver a ponerse los adornos que la han hecho bella. Esa viuda vestida de luto volverá a ser una mujer llena de belleza y encanto, adornada con sus joyas (versículos 1-3).

¿Por qué? Dios invita a Jerusalén a mirar hacia el este, en la dirección en la que partieron sus hijos, llevados cautivos por los babilonios. Han sido reunidos por Dios y están siendo conducidos de regreso a Jerusalén en una marcha triunfal, como si fuera la marcha de una procesión real (versículos 5-6). Para que les sea más fácil regresar, Dios bajará los montes altos y levantará los valles, para que los hijos de Jerusalén puedan caminar con facilidad, en un regreso feliz a su tierra y a los brazos de su madre (v. 7). La naturaleza se unirá a esta marcha triunfal: los bosques darán sombra a los caminantes y los árboles aromáticos llenarán de perfumes los caminos (v. 8). Dios mismo caminará delante de los exiliados, mostrándoles el camino y tratándolos con justicia y misericordia (versículo 9). Será un nuevo Éxodo, como el que una vez trajo a los hebreos de Egipto, la tierra de la esclavitud, a la tierra de la libertad; Pero esta vez, los caminantes recorrerán un camino fácil, directo, sin fatiga, sin obstáculos y sin malentendidos. Jerusalén, la ciudad renovada que ha vuelto a encontrar la alegría y la felicidad, será una ciudad totalmente renovada. Por lo tanto, será llamado con nuevos nombres: “Paz de la justicia y gloria de la piedad” (versículo 4). En sus tribunales se tomarán decisiones justas, lo que creará un clima de armonía y

paz; y los habitantes de la ciudad vivirán en fidelidad a Yahvé, rodeados del esplendor de Dios. Esta página del libro de Baruc es uno de los puntos culminantes de la revelación del Antiguo Testamento. En el tiempo de Adviento nos invita a dejarnos guiar por el Señor. Él viene a nuestro encuentro para llevarnos, a través de montañas y valles llanos, a la ciudad donde encontraremos la verdadera vida y la paz.

ACTUALIZACION

*El escenario de una Jerusalén devastada, sumida en el luto, sin perspectivas de futuro, tiene analogías con el escenario en el que, tantas veces, se desarrolla nuestra vida... Las guerras, la violencia, las injusticias que vemos por todas partes nos preocupan y deprimen. a ellos; la miseria, las condiciones indignas en las que viven tantos de nuestros hermanos y hermanas, nos dejan avergonzados y enojados; las enfermedades que amenazan nuestra vida o la de nuestros seres queridos nos hacen sentir vulnerables y frágiles; los problemas, la presión, el cansancio, el desánimo, nos minan, nos debilitan y nos hacen querer renunciar a la vida... Merecerá la pena vivir así, rodeados de preocupaciones e incertidumbres, con miedo de lo que nos deparará el futuro. ? Es en este escenario donde resuenan las palabras que Dios habló a la desolada Jerusalén y que hoy nos repite: *“dejen su manto de luto y de aflicción y vístete para siempre de la hermosura de la gloria que viene de Dios”*. No, nuestra vida no está perdida, sin rumbo y sin perspectivas. Dios está dispuesto a salir a nuestro encuentro y abrirnos nuevamente las puertas de la esperanza. La llegada de Dios nos ofrece la oportunidad de levantarnos y comenzar un nuevo camino. En este tiempo de Adviento, que prepara la llegada del Señor, nos encontramos ante esta propuesta liberadora. ¿Hay un lugar para ella en nuestros corazones? ¿Estamos dispuestos a abandonar la situación de “pobres sufrientes” en la que nos hemos instalado cómodamente, para levantarnos, ir al encuentro de Dios y acoger la propuesta salvadora que Él viene a traernos?

*¿De dónde vienen las miserias que oscurecen nuestro mundo? ¿De dónde vienen las “enfermedades” que afectan a nuestra sociedad? ¿De dónde vienen las “enfermedades” que hacen sufrir a nuestras comunidades cristianas? ¿De dónde vienen las “heridas” que hacen nuestra vida más triste y desesperada? ¿No procederán de nuestro egoísmo, nuestra ambición, nuestro orgullo, nuestra vanidad, nuestra autocomplacencia? ¿No vendrán de nuestra autosuficiencia y de nuestra sordera a la Palabra de Dios? ¿No procederán de nuestra indiferencia ante las instrucciones que Dios nunca deja de darnos? El tiempo de Adviento es el tiempo en el que abrimos de nuevo nuestro corazón al Dios que viene a nuestro encuentro. ¿Estamos dispuestos, en este “camino de adviento”, a dar más espacio a la escucha de Dios? ¿Sabremos, en este adviento, encontrar tiempo para hablar con Dios y escuchar su Palabra?

*"Mira a tus hijos... Dichoso que Dios se haya acordado de ellos" (Br 5,5), dice Dios a Jerusalén. El tiempo de Adviento es el tiempo en el que se nos invita a redescubrir que Dios se acuerda de nosotros. Conscientes de ello, nos adelantamos a su encuentro con el corazón lleno de alegría, de gratitud, de serena confianza en su bondad y en su amor. ¿Vamos a recordar esto en cada momento y en cada paso de este "camino de adviento"?

Salmo 125

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Cuando el Señor nos hizo volver del cautiverio, creíamos soñar; entonces no cesaba de reír nuestra boca, ni se cansaba entonces la lengua de cantar. R.
R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Aun los mismos paganos con asombro decían: “¡Grandes cosas ha hecho por ellos el Señor!” Y estábamos alegres, pues ha hecho grandes cosas por su pueblo el

Señor. R.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Como cambian los ríos la suerte del desierto, Cambia también ahora nuestra suerte, Señor, y entre gritos de júbilo cosecharán aquellos que siembran con dolor. R.
R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Al ir, iban llorando, cargando la semilla; al regresar, cantando vendrán con sus gavillas. R.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Filipenses 1,4-6.8-11

Hermanos: Cada vez que me acuerdo de ustedes, le doy gracias a mi Dios y siempre que pido por ustedes, lo hago con gran alegría, porque han colaborado conmigo en la propagación del Evangelio, desde el primer día hasta ahora. Estoy convencido de que aquel que comenzó en ustedes esta obra, la irá perfeccionando siempre hasta el día de la venida de Cristo Jesús.

Dios es testigo de cuánto los amo a todos ustedes con el amor entrañable con que los ama Cristo Jesús. Y ésta es mi oración por ustedes: Que su amor siga creciendo más y más y se traduzca en un mayor conocimiento y sensibilidad espiritual. Así podrán escoger siempre lo mejor y llegarán limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo, llenos de los frutos de la justicia, que nos viene de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios. Palabra de Dios.

AMBIENTE

La ciudad de Filipos, situada en el este de Macedonia, era una ciudad próspera con una población formada principalmente por veteranos del ejército romano. Organizada a la manera de Roma, estaba fuera de la jurisdicción de los gobernantes de las provincias locales y dependía directamente del emperador. Gozaba de los mismos privilegios que las ciudades de Italia y sus habitantes tenían la ciudadanía romana. Pablo llegó a Filipos en el año 49 o 50, durante su segundo viaje misionero, acompañado de Silvano, Timoteo y Lucas (cf. Hch 16,1-40). De su predicación nació la primera comunidad cristiana en suelo europeo.

La comunidad cristiana de Filipos era una comunidad entusiasta, generosa, comprometida, siempre atenta a las necesidades de Pablo y del resto de la Iglesia (como en el caso de la colecta en favor de la Iglesia de Jerusalén – cf. 2Cor 8,1- 5). Pablo tenía un cariño especial por los cristianos de Filipos; y los filipenses, a su vez, tenían en alta estima a Pablo. A pesar de todo, la comunidad cristiana de Filipos no era perfecta: los orgullosos patricios romanos de Filipos tenían algunas dificultades para asumir ciertos valores como el desprendimiento, la humildad y la sencillez.

Pablo escribe a los filipenses en un momento en que estaba en prisión (no sabemos si en Cesarea, Roma o Éfeso). Los filipenses le habían enviado, a través de un miembro de la comunidad llamado Epafrodito, cierta cantidad de dinero, para que Pablo pudiera cubrir sus necesidades. En la carta, Pablo agradece a los filipenses su preocupación por él (cf. Fil 4,10-20); Los exhorta a permanecer fieles al Evangelio de Jesús y a encarnar los valores que marcaron la vida de Cristo (“*tengan ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús*” – Fil 2,5).

El texto que nos propone la liturgia de este segundo domingo de Adviento es prácticamente el comienzo de la Carta a los Filipenses. Después de saludar a “los santos en Cristo Jesús que están en Filipos” (Flp 1,1), Pablo expresa a sus amigos de Filipos el aprecio que le merecen y las expectativas que tiene para la comunidad cristiana de la ciudad.

MENSAJE

Pablo comienza diciéndoles a sus queridos amigos en Filipos que en sus oraciones nunca se olvida de pedir a Dios por ellos (versículo 4). Siempre siente una gran alegría al recordar cómo lo acogieron los filipenses, cómo abrazaron el Evangelio que Pablo les hizo conocer, cómo se comprometieron en el seguimiento de Jesús. Incluso ahora, preso por causa del Evangelio, Pablo recibió en prisión la ayuda económica que le enviaron los filipenses; y esto muestra cómo los filipenses siguen siendo generosos, dedicados y solidarios, dando un testimonio coherente de los valores de Jesús (versículo 5). Todo esto es obra de Dios; y Pablo confía en que Dios seguirá haciendo que esta hermosa obra crezca cada vez más (versículo 6). Pablo, por su parte, siente una gran ternura (el apóstol utiliza incluso la palabra griega “*splagknav*”, que designa el “pecho materno”, para expresar su amor “materno” por sus hijos en Filipos) por esta comunidad atenta a las necesidades de evangelizadores, solidarios con todos los que entregan su

vida a la causa del Evangelio, dedicados íntegramente a la obra de Dios (versículo 8). Entonces ¿se hará todo? ¿Está completo el camino que Dios llamó a recorrer a los filipenses? Por supuesto que no. El camino de la santidad es un camino que hay que recorrer siempre, hasta el encuentro final con Dios. Plenamente consciente de ello, Pablo seguirá pidiendo a Dios que haga crecer cada vez más la caridad de los filipenses (versículo 9); Seguirá pidiendo a Dios que los filipenses sepan distinguir a cada paso lo que es mejor, lo que los hace más puros y santos (versículo 10). Es en este esfuerzo incesante de crecimiento, compromiso, fidelidad, caridad, generosidad, solidaridad, que la comunidad de los santos espera al Señor que viene (versículo 11).

ACTUALIZACION

- El tiempo de Adviento, la liturgia nos invita a mirar a una comunidad cristiana que espera la venida del Señor: la comunidad cristiana de la ciudad de Filipos. Como toda comunidad cristiana, no es una comunidad perfecta: sigue necesitando crecer cada vez más en el camino que lleva a la santidad; pero es una comunidad comprometida, generosa, que se sabe llamada por Dios, en su caminar por la historia, a vivir de manera coherente con el Evangelio que ha aceptado. ¿Cómo vivimos en nuestras comunidades cristianas este tiempo de espera del Señor? ¿Podría ser este tiempo, para nuestras comunidades cristianas, un tiempo de purificación, de conversión, de discernimiento de los desafíos de Dios, de renovación de la fe y del compromiso, de refuerzo de la caridad, de la generosidad, del compartir, del perdón, de la comprensión?
- La comunidad cristiana de Filipos es una comunidad interesada en la obra de evangelización. El apoyo que brinda a Pablo no es sólo el resultado de un sentimiento de gratitud personal hacia un apóstol que llevó la Buena Nueva de Jesús a la ciudad de Filipos; pero refleja el compromiso de esta Iglesia con el esfuerzo evangelizador que lleva a cabo el misionero Pablo, en primera línea de lucha por el anuncio del Evangelio. Los cristianos de Filipos entendieron que la Iglesia es misionera (*“Vayan por el mundo y proclamen el Evangelio a toda criatura”* – Mc 16,15); y sienten que es su deber participar en la misión. ¿Sienten nuestras comunidades cristianas este imperativo misionero? ¿Sientes la necesidad de hacer nacer a Jesús para todas las personas? ¿Están atentos a las necesidades y solidarios de quienes dan su vida por la causa del anuncio de Jesús? ¿Es con ternura y afecto que en nuestras comunidades cristianas se acoge a quienes anuncian el Evangelio: los catequistas de niños, jóvenes, adultos?
- Es posible que tengamos quejas sobre la Iglesia y que no nos veamos en algunos discursos y testimonios de personas que son referentes en la comunidad cristiana; es posible que no nos identifiquemos con ciertas formas de celebrar la fe, o con algunas actitudes de falta de misericordia y caridad que se dan dentro de los espacios de nuestras iglesias; es posible que nos sintamos decepcionados por la forma en que los cristianos encarnan a menudo el testimonio de Jesús en la historia... Pero, en términos personales, cada uno de nosotros haremos todo lo posible para que nuestra comunidad cristiana sea casa de comunión, fraternidad, comprensión, caridad? En este tiempo de espera del Señor, ¿qué aporte podemos hacer personalmente para que nuestra comunidad cristiana se convierta en un “hogar” donde Jesús tenga un lugar?

Lc 3,1-6

En el año décimo quinto del reinado del César Tiberio, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea; su hermano Filipo, tetrarca de las regiones de Iturea y Traconítide; y Lisania, tetrarca de Abilene; bajo el pontificado de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios en el desierto sobre Juan, hijo de Zacarías.

Entonces comenzó a recorrer toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados, como está escrito en el libro de las predicciones del profeta Isaías:

Ha resonado una voz en el desierto:

Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos.

Todo valle será rellenado, toda montaña y colina, rebajada;

lo tortuoso se hará derecho, los caminos ásperos serán allanados

*y todos los hombres verán la salvación de Dios. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

El texto de hoy sigue inmediatamente al "Evangelio de la infancia" en la versión de Lucas. Aquí comienza oficialmente el Evangelio, es decir, la proclamación de la Buena Nueva de Jesús. Antes de comenzar a describir la acción liberadora y salvadora de Jesús entre los hombres, Lucas presentará a Juan el Bautista, el profeta que vino a preparar la llegada del Mesías de Dios.

A finales del año 27 o principios del año 28, un "profeta" llamado Juan apareció a orillas del río Jordán, al margen del desierto. La gente lo llamaba "el Bautista" porque incluía en su predicación la propuesta de *"un bautismo de conversión para el perdón de los pecados"*. La predicación de Juan atrajo multitudes y causó cierto revuelo en la escena religiosa palestina. La catequesis cristiana vio en Juan al profeta que vino a preparar el camino para la llegada de Jesús.

Lucas, como corresponde a alguien que *"investigó todo cuidadosamente desde el principio"* (Lucas 1:3), se preocupa de ubicarnos históricamente en el tiempo y el contexto histórico de la época. En este sentido, cita siete personajes históricos que dominaron el panorama político y religioso de aquella época: Tiberio, emperador de Roma entre los años 14 y 37; Poncio Pilato, que fue prefecto romano de Judea entre los años 26 y 36; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea entre los años 4 a.C. y 39; Herodes Felipe, tetrarca de Iturea, y Traconitis, al norte y al este del mar de Galilea; Lisania, tetrarca de Abilene, en la Beqaa libanesa; Anás, el antiguo sumo sacerdote que había ocupado el cargo entre los años 5 y 15, pero que seguía teniendo una influencia decisiva en la sociedad judía de la época; y Caifás, sumo sacerdote en funciones en el momento en que Juan comienza a dar su testimonio profético (fue sumo sacerdote entre los años 18 y 36). Estamos, según Lucas, "en el año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio". El escenario geográfico donde Juan desarrollará su ministerio profético es Perea (territorio bajo la jurisdicción de Herodes Antipas), en la orilla oriental del río Jordán. El lugar exacto donde Juan bautizó podría ser un pequeño pueblo llamado actualmente *Qasr El Yahud*, situado cerca de Jericó, a unos diez kilómetros del Mar Muerto.

MENSAJE

El Evangelio de este segundo domingo de Adviento comienza con una referencia a varios personajes que tuvieron un lugar destacado en el ajedrez político, social y religioso de la época. Al darnos esta imagen, Lucas no sólo nos está diciendo que la "historia de salvación" que nos va a contar es una historia concreta, anclada en acontecimientos concretos y ligada a una tierra concreta; pero, sobre todo, nos está diciendo que el acontecimiento decisivo de la historia humana –la venida de Dios al mundo de los hombres– se está preparando y tiene lugar fuera de la esfera de influencia de los grandes pueblos del mundo. La "palabra de Dios" que prepara el encuentro decisivo entre Dios y la humanidad está dirigida a un hombre desconocido y libre de influencias, que no vive en un palacio de poder y abundancia, sino que vive en el desierto desolado y olvidado. Este hombre se llama simplemente Juan y no tiene ningún papel destacado en la sociedad de la época. Así actúa Dios; así es como –con sencillez, sin imponer ni destacar– que Dios realiza su plan de salvación para el mundo y para los hombres.

¿Quién es este Juan, llamado "el Bautista"? Es hijo del padre Zacarías y de Isabel, pariente de María, mencionada en el "Evangelio de la infancia de Jesús" (cf. Lc 1,5-25; 39-80). A pesar de pertenecer a una familia sacerdotal, Juan no ejerce funciones sacerdotales. Al parecer había roto con el templo, con su inútil liturgia y rituales de purificación, y se había retirado al desierto, lejos de las intrigas de los palacios de los poderosos y del ruido caótico de los patios sagrados donde sacerdotes y doctores de la ley se exhibían a diario. Fue, por tanto, en el desierto donde la Palabra de Dios fue dirigida a Juan (versículo 2); y fue en el desierto donde Juan comenzó a hacer oír su voz profética.

Sin embargo, el lugar donde se instaló el profeta Juan fue un lugar privilegiado para que resonara la Palabra de Dios. Aunque era un lugar deshabitado, alejado del bullicio de las ciudades, era un lugar por donde pasaba mucha gente, ya que estaba al lado del camino que conectaba Jerusalén con las regiones ubicadas al este del río Jordán. Además, ese lugar estaba justo al lado de la "puerta" por la que los hebreos, procedentes de Egipto, habían entrado en la tierra prometida (cf. Js 4,13-19): sugería, por tanto, el paso de la esclavitud a la libertad, el "paso" de la "vieja vida" a una "nueva vida".

Instalado en el desierto de Judá, el profeta Juan escuchó a Dios y reflexionó sobre el proyecto de Dios. Estaba consciente de que la comunidad del Pueblo de Dios atravesaba una profunda crisis; y era consciente de que esta crisis era el resultado del abandono de Dios. Cómodamente instalado en su seguridad y en sus rituales religiosos llenos de pompa, Israel se había distanciado irremediabilmente de Dios y de los compromisos que había asumido con Dios en el ámbito de la Alianza. El templo mismo se había convertido en un lugar perverso, donde se practicaba un culto estéril, que no acercaba al Pueblo a su Dios. El Pueblo de Dios e incluso la tierra de Israel fueron contaminados por el pecado. Juan creía en la inminencia de una intervención decisiva de Dios, que pondría fin a esta historia de pecado. También creía que la forma más adecuada de prepararse para la inminente llegada de Dios sería a través de una conversión radical, un cambio completo de vida, un retorno incondicional a Dios. Es esta “conversión” la que João comienza a proponer a todos aquellos que vienen a su encuentro. Desde la perspectiva de Juan, quien aceptaba esta propuesta de conversión pasaba a formar parte de la comunidad de salvación; quien no lo acogió, tuvo que someterse a la ira de Dios.

Luego, Juan comienza a viajar “por la región del Jordán”, predicando “un bautismo de conversión (*“baptisma metanoias”*) para remisión de los pecados” (versículo 3). La palabra “metanoias” es un concepto central en la propuesta de João. Sugiere una transformación decisiva de la voluntad, un cambio radical de conciencia, una transformación total del hombre, una nueva actitud ante la vida, una revolución completa de los valores que sirven de base para la construcción de la propia existencia. “Conversión” –la propuesta que Juan lanza a cuantos encuentra a orillas del río Jordán– significa una actitud de vida completamente nueva, que lleva al hombre a acercarse nuevamente a Dios, a caminar según la Palabra de Dios, vivir de nuevo desde Dios y para Dios.

A quienes aceptaron la propuesta de conversión, João les sugirió un gesto: un refrescante baño en las aguas del río Jordán. El judaísmo, de hecho, conoció varios rituales de purificación a través del agua. Al lado, en el pueblo de **Kûmran**, la secta judía de los esenios practicaba rituales de purificación varias veces al día en pequeñas piscinas preparadas al efecto, donde los miembros de la secta entraban y se lavaban para renovar su pureza. Pero el “bautismo” que propuso Juan tenía un cuadro diferente: se hacía en agua viva –no en agua “muerta”, como en Kûmran, sino en agua corriente–, sólo una vez. Apuntaba a una purificación total y significaba un nuevo comienzo, el comienzo de una nueva vida. No era un ritual privado, ya que el creyente no se sumergía solo en el agua; fue Juan quien lo sumergió, lo que significó que el creyente aceptó la invitación de Dios que le llegó a través de Juan. Juan fue el mediador, a través del cual llegó al creyente la propuesta de salvación. El “bautizado” se comprometió solemnemente a abandonar el pecado, pasando a formar parte de la comunidad del nuevo Israel, del Pueblo que esperaba la llegada de Dios con el corazón renovado.

El evangelio de hoy concluye con una cita extraída del Deuteronomio (cf. Is 40,3-5), donde anuncia a los exiliados en Babilonia la intervención liberadora de Dios, el regreso a la patria de los exiliados, el “milagro” de un nuevo Éxodo de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad. Con esta cita, Lucas sugiere que la voz de Juan, escuchada en los márgenes del desierto de Judá, realiza un anuncio similar: se acerca el momento de la intervención salvadora de Dios y el Pueblo de Dios debe prepararse. Debe enderezar los caminos estrechos, elevar los valles ahuecados, bajar las montañas y colinas que quitan el aliento a los caminantes y les impiden contemplar horizontes más amplios... Las imágenes utilizadas se refieren a los “obstáculos” que debemos eliminar porque nos impiden caminar por el encuentro de esta vida de libertad y de gracia que Dios señala a sus hijos.

ACTUALIZACION

- Juan, el profeta que apareció en el valle del río Jordán predicando “*un bautismo de conversión para remisión de los pecados*”, su misión era preparar a los hombres para la llegada de Jesús. Su voz aparece cada año, definiendo las líneas del “camino de adviento”, el camino que estamos invitados a recorrer en este tiempo, para prepararnos a acoger al Señor que viene. Antes de profundizar siquiera en los detalles del mensaje de Juan, preguntémonos sobre nuestras disposiciones en relación con este Jesús que viene a nuestro encuentro: ¿queremos realmente, en este advenimiento, prepararnos para acoger al Señor? ¿Hay un lugar para Jesús en nuestras vidas? ¿La propuesta de vida que Jesús vino a traer a los hombres y al

mundo es algo que nos interesa, algo que realmente queremos abrazar? ¿Estamos dispuestos a escuchar a Jesús, a dejarnos contagiar por el mensaje que vino a traernos, a aceptar su estilo de vida, a dejarnos contagiar por su amor a Dios y al ser humano? En nuestras comunidades cristianas, en medio de tantas actividades, tantos programas, tantas reuniones, tantas fiestas, tantos problemas de organización y administración, ¿hay lugar para Jesús y su Buena Nueva?

- Juan propuso a quienes acudían a su encuentro un “bautismo de conversión”. “Conversión” (“metanoia”) significa un cambio radical en el sentido de la existencia, una inflexión en el camino que estamos tomando, para volver una vez más a Dios y a su amor... Exige una revisión de nuestra manera de pensar, de nuestro evaluar, nuestra manera de juzgar, para que empecemos a ver el mundo, a los demás hombres y a nosotros mismos con los ojos bondadosos y compasivos de Dios; se materializa en un cambio que nos hace abandonar conductas egoístas, soberbias, soberbias, para pasar a actuar con amor, con bondad, con mansedumbre, con compasión, con misericordia; implica que dejemos de vivir centrados en nosotros mismos, en nuestros programas y proyectos personales, y pasemos a vivir en humilde servicio a Dios y a nuestros hermanos y hermanas; requiere una revisión continua de nuestros valores, de nuestras opciones, de nuestras prioridades, para que Dios ocupe, en la construcción de nuestra vida, el lugar que merece... ¿Estamos disponibles, en este tiempo de preparación a la venida de Jesús, para un cambio de este tipo?

- Lucas, utilizando una expresión del Deutero-Isaías, ve la “conversión” pedida por Juan como “enderezar los caminos”, “levantar los valles excavados”, “derribar montes y colinas”, “enderezar los caminos tortuosos”, “alisar los caminos escarpados” que nos dificultan el encuentro con el Señor que llega con su oferta de salvación. ¿Cuáles son los obstáculos y resistencias que impiden nuestro encuentro con Jesús? ¿Cuáles son los caminos torcidos que tenemos que enderezar o ensanchar para que nuestro encuentro con el Señor no se vea interrumpido? ¿Qué tenemos que sacar de nuestra vida para poder avanzar siempre al encuentro de Jesús? ¿Cuáles son las montañas y colinas que tenemos que bajar para ampliar nuestros horizontes y poder avanzar en este camino donde el Señor viene a nosotros?

Es en el desierto donde Juan escucha la Palabra del Señor. No es por casualidad. En el desierto no hay ruido de fondo que nos distraiga y nos aleje de la verdad de la existencia; En el desierto la Palabra de Dios no nos llega amortiguada por el grito ensordecedor de los “formadores de opinión”, ni distorsionada por intereses económicos, políticos o religiosos, ni manipulada por nuestras intrigas y estrategias... En el desierto la voz de Dios nos llega en un camino claro y claro y nos confronta con la coherencia y la verdad de nuestra vida. Sería bueno que en este “camino de adviento” encontráramos tiempo y voluntad para vivir una “experiencia en el desierto”. Se trata de encontrar tiempo de calidad para estar con Dios y dedicarle tiempo a Dios; se trata de tomar un descanso de las preocupaciones, del ajetreo frenético de la existencia, del ruido de fondo que nos ensordece y distrae, de estar a solas con Dios, de hablar con Dios, de escuchar la Palabra de Dios, de compararnos. nuestra vida con las indicaciones de Dios. ¿Queremos probar la “aventura” de un encuentro profundo con Dios?

- El hecho de que la Palabra de Dios pasara por alto a las grandes figuras políticas y religiosas de la época para dirigirse a un hombre poco conocido, que vive pobremente en los márgenes del desierto de Judá, nos hace pensar en la extraña estrategia que Dios diseñó para llegar a nuestro encuentro, para revelarnos su rostro, para presentarnos su propuesta de salvación. Dios no elige la grandeza, el poder, la fuerza, para impresionarnos con su majestad y asustarnos con su autoridad; Dios se revela en la humildad, en la sencillez, en la pequeñez, en la pobreza, en todo lo que nos encanta y nos hace sonreír. ¿Dónde buscamos a Dios? ¿Sabemos verlo en los pobres, en las personas sencillas que aman y sirven, en aquellos a quienes el mundo no escucha ni considera, en aquellos que son invisibles en un mundo de ostentación y exhibicionismo? ¿Somos conscientes de que dentro de unos días tendremos que reconocer el rostro y la presencia de Dios en un bebé nacido en una cueva donde los pastores guardaban sus rebaños, porque no había lugar para Él en los cómodos hogares de la ciudad de los hombres?